

# LOS PRIMEROS CONTACTOS EN MATERIA RELIGIOSA ENTRE ESPAÑOLES E INDIGENAS DE MEXICO \*

HERNANDO CIFUENTES

Estos primeros contactos se desarrollaron en el clima de la época, en el cual el uso de las armas para apoyar los argumentos de carácter teológico había llegado a adquirir una cierta difusión. Es comprensible, pues, que los capitanes ibéricos, mientras avanzaban por tierras desconocidas abriéndose paso con las armas, se sintieran a la vez conquistadores, portadores de civilización y divulgadores del Evangelio. Nada tiene de extraño pues, que confiaran a las armas no solo la conquista y posesión de los territorios sino también el proselitismo religioso. Por su parte los pueblos indígenas, como era natural, trataron de oponer resistencia a la ocupación de sus tierras y a la difusión de la religión de los conquistadores, cuya aceptación por parte de aquellos se lograba a la fuerza, lo que implicaba la renuncia a su independencia. Sin embargo, el lograr que los indígenas renunciaran a su independencia no constituía uno de los objetivos de los misioneros cristianos, pero sí de los gobernantes del estado que los enviaba.

La “difusión del Cristianismo”, la “salvación de las almas de los indígenas”, eran motivos que emergían una y otra vez en los actos oficiales de las expediciones y es probable que sirvieran para exaltar el ánimo de los pioneros, en aquella época en que la religión y la vida social estaban estrechamente ligadas.

Hernán Cortés, hombre sagaz y poseedor de un cierto conocimiento de la historia, sabía que la conquista de un pueblo no es verdaderamente sólida, sino cuando entre conquistadores y sometidos se han limado suficientemente las diferenciaciones. El máximo proceso de asimilación se alcanza, como le enseñaba la historia, cuando, tanto en el campo religioso como en el político-social se ha llegado a un fusión o, al menos, a un equilibrio.

---

\* El presente artículo ha sido condensado de uno de los capítulos iniciales de un trabajo más extenso, que bajo el título general de “Encuentro del Cristianismo con las religiones del antiguo México”, el autor presentó como tesis de grado en la Universidad de Florencia.

A ello se debe que, desde el primer encuentro con los jefes indígenas el capitán extremeño, después de haberles presentado disposiciones de orden político y administrativo, se ocupó también del aspecto religioso, como integración necesaria de su acción. Esta convicción suya explica en parte su actitud práctica en el campo religioso, tal como surge del contacto con los varios pueblos indígenas.

### *Los expedicionarios en Cempoal*

Poco después de haber desembarcado en Cempoal, marzo 1519, Cortés expone al rey de aquellas comarcas los motivos y razones de su expedición e inmediatamente pide a los indígenas que abandonen sus cultos, que derriben los ídolos, que terminen con los sacrificios humanos y que cesen en los hurtos y robos. Los cempoalences responden prometiendo no robar más, pero rechazan abiertamente la petición de sustituir sus dioses y su culto, pues están convencidos de que tales divinidades les traen bienestar, prosperidad y salud. Ante este rechazo Cortés se vale de la fuerza, amenaza desencadenar la guerra y convocar contra ellos el poder de Montezuma (de quien había recibido en esos días los primeros enviados).

Frente a estas amenazas, el jefe cempoalence responde que no residía en ellos el poder de destronar a los dioses y que si los españoles querían destruir los ídolos, tal cosa acaecería sin el consentimiento de él y sus súbditos.

Los expedicionarios, aprovechando entonces la circunstancia de que los indígenas no ofrecen en el momento resistencia armada, suben a los altares y destruyen las estatuas de los dioses. Luego, para acelerar la conversión de los cempoalences al Cristianismo, Cortés ordena limpiar un templo y sobre uno de sus altares, después de haber quitado las manchas de sangre de los sacrificios humanos, coloca la imagen de la Virgen y una cruz, haciéndolos ornar con flores.

Estas imposiciones de Cortés muestran cuánta importancia diese al factor religioso y cómo prevalecía en él la tendencia a apoyar la difusión del Cristianismo presionando con las armas, aun contra el parecer de los capellanes de la expedición, los cuales eran partidarios de recurrir, más bien, a las vías de la persuasión.

En la marcha hacia el interior del territorio para llegar a la capital—Tenochtitlan— los expedicionarios encuentran varios pueblos que profesan diferentes religiones, con diversidad de cultos, divinidades y sacrificios. Esto, naturalmente, unido al hecho de que los indígenas se hallan irritados por la conquista militar y recelosos de los blancos, hacía aún más difícil los contactos religiosos.

Así pues, en las tierras del rey Olintecle, los indígenas pidieron que sus ídolos no fueran abatidos. Cortés, por consejo del padre Olmedo, uno de los capellanes de la expedición, consiente al pedido y se abstiene a pesar suyo de entronizar allí los emblemas del Cristianismo, por temor a que estos pudiesen ser ultrajados por parte de los indígenas del lugar, de carácter un tanto violento. Las razones expuestas por el padre Olmedo en esta ocasión, muestran cómo en el propagar la fe los religiosos eran más respetuosos de la libertad que el celoso capitán.

La actitud indígena ante las presiones de los misioneros se orientará cada vez más hacia una resistencia pasiva, sea respecto de las doctrinas traídas por los conquistadores, sea respecto de los hombres que las representan.

### *Los Españoles a Tlaxcala*

El intempestivo celo religioso de Cortés se manifiesta también en Tlaxcala donde arriba a finales de septiembre de 1519. En efecto, habiéndole el jefe Xicotencatl ofrecido algunas de sus hijas y sobrinas como esposas,<sup>1</sup> el capitán extremeño le responde: "Si quieres que las recibamos, debes primero prometer que abandonarás el culto a los ídolos, los sacrificios humanos y las otras crueldades". La respuesta del jefe indígena fue explícita: "¿Cómo quieres que abandonemos nuestros Teules<sup>2</sup> si desde hace muchos años, nuestros antepasados los tienen por dioses, los adoran y les hacen sacrificios? Aún si nosotros quisiéramos los "papas" (sacerdotes) y el pueblo se rebelarían contra nosotros".<sup>3</sup> También en esta ocasión es el padre Olmedo quien trata de temperar los ánimos, sugiriendo a Cortés que no insista más sobre el problema religioso y que deje pasar el tiempo necesario para que estos pueblos sean instruidos y persuadidos por medio de un mejor conocimiento de la doctrina cristiana. Sin embargo el capitán ordena que uno de los altares sea limpiado y ornado, luego coloca allí una imagen de la Virgen y hace celebrar la misa. Además hace también bautizar las hijas y sobrinas que el rey le había ofrecido. A este respecto es preciso observar que los requerimientos de Cortés ponían en peligro las relaciones pacíficas que existían en esos momentos entre tlaxcaltecos y españoles; su celo religioso lo empujaba casi hasta la guerra, no obstante las actitudes más moderadas de los sacerdotes misioneros que lo acompañaban.

---

1 Esa clase de oferta era para los indígenas una demostración del aprecio y estimación que sentían hacia la persona a la cual era dirigida. Tales ofertas eran usuales entre los jefes indígenas del Anahuac.

2 Teules es la versión castellana que hicieron los conquistadores de la palabra nahua "Teotl" que significa dios en general.

3 Díaz del Castillo, Bernal, "Historia Verdadera de la conquista de la Nueva España". Madrid, 1933. vol. 1, pág. 248.

*En Cholula*

A mediados de octubre de 1519 la expedición cortesiana ocupa la ciudad de Cholula. La población es requerida a abandonar el culto de los ídolos y los sacrificios humanos. Su reacción es semejante a aquella de los tlaxcaltecas: resistencia pasiva. Por otra parte, a los cholultecas no se les ofrecía la alternativa de la resistencia activa con las armas, pues la mayoría de los jefes y el núcleo de su ejército habían sido masacrados por los conquistadores. Los sacerdotes católicos ante tales excesos censuran a Cortés el uso de la violencia y arguyen que una introducción pacífica del Cristianismo sería mucho más duradera. Temperado su celo, el capitán se limita a colocar un cruz sobre un altar después de haberlo hecho limpiar y adaptar como en ocasiones anteriores.

*Encuentro con los Aztecas*

Hacia 1519, al arribo de los españoles, existía en el altiplano mejicano una confederación de pueblos en pleno desarrollo, no solo en el campo político-militar sino también en lo económico y civil. Tal confederación giraba en torno al pueblo azteca.

Las primeras impresiones que tuvieron los españoles al llegar a Tenochtitlan, como testimonian los escritos de Díaz del Castillo, fueron determinadas por la fastuosidad y la reverencia religiosa que circundaba a la persona de Montezuma,<sup>4</sup> nadie, a excepción de sus parientes, lo podía tocar, su litera era llevada por nobles y sus súbditos se inclinaban a su paso. También ante este poderoso monarca, la cuestión religiosa no podía pasar a segundo plano.

En efecto, Cortés, pocos días después de su arribo a la capital azteca, se trasladó al palacio real y luego de los saludos protocolarios procedió a explicar personalmente a Montezuma los misterios principales de la fe cristiana: La encarnación, la pasión, muerte y resurrección de Cristo, y en rápida síntesis expuso la doctrina de la creación según la concepción cristiana, sacando como conclusión la hermandad universal de todos los hombres, hijos de un mismo padre. Luego, su discurso, que había iniciado con un carácter expositivo, adquirió un tono proselitista y se convirtió en una exhortación a abrazar el Cristianismo complementada con una

---

4 El nombre mismo de Montezuma (Mo = vuestra; Tecuthli = señoría; zomma = tremenda) muestra en qué consideración era tenido el soberano azteca. Sin embargo, con base en documentos indígenas que se salvaron de la destrucción decretada por las autoridades coloniales españolas, por considerarlas de carácter mágico y demoníaco, no es lícito juzgar que Montezuma fuese considerado un semi-dios a la manera de Tlaloc entre los primitivos aztecas.

confutación del politeísmo indígena: “Aquellos que ellos (los indígenas) adoran —son palabras de la crónica— no son dioses sino demonios muy malos. En virtud de la hermandad universal, el gran emperador (Carlos V) conociendo los graves daños causados a sus almas por estos ídolos que los llevarán al infierno, ha enviado a ellos (Cortés y los suyos) para que tomen las debidas medidas e impedir el culto a los ídolos, los sacrificios de hombres, mujeres niños, los robos, las sodomias” y concluyó su discurso asegurando que “el emperador mandaría dentro de un cierto tiempo, hombres muy buenos, y tenidos por ellos como santos, con el fin de que explicaran estas cosas, ya que por el momento se limitaba a comunicarlas”.<sup>5</sup>

Como se ve Cortés no hizo modificaciones sustanciales al modo de presentar la religión cristiana, sin embargo es de observar en este discurso un refinamiento del lenguaje y un tono más elevado, debido tal vez a la tentativa de adecuar la exposición a la realeza de Montezuma.

A los razonamientos de Cortés, el soberano azteca respondió: “Que conocía bien sus palabras, los dioses, la cruz y las otras cosas, pero que desde hacía muchos años ellos (los aztecas) adoraban sus dioses y los tenían por buenos, así como debían ser los suyos (de los españoles) y que además no era el caso de hablar más, sobre el asunto”. En cuanto a la creación del mundo dijo que así la conocía desde mucho tiempo atrás y luego agregó “y creemos que vosotros sois aquellos que nuestros antepasados profetizaban que debían venir de donde nace el sol”. Esta última declaración hecha por el monarca azteca a los expedicionarios, se refería a la profecía de Quetzacoatl que los aztecas habían tomado de la mitología tolteca.<sup>6</sup>

Pero las palabras evasivas de Montezuma no disuadieron a Cortés de su empeño. La ocasión de que se valió fue la visita al gran Tlatelolco, centro religioso de Tenochtitlán, que los expedicionarios deseaban visitar y a lo cual accedió el soberano azteca. Llegados los visitantes al templo de Vitsilopochtli, Cortés pidió al monarca que le mostrase también sus teules. Este, después de haber obtenido el consentimiento de los Tlamecazque (altos miembros del clero), los condujo a la parte superior del templo. Una vez allí, y ante una gran estatua de Vitsilopochtli —dios de la guerra— que se alzaba sobre un altar, el cual mostraba manchas de sangre, el capitán extremeño dijo sonriendo al rey “no se como un gran

5 Díaz del Castillo, *ibid*, vol 1, pág. 308.

6 Las más antiguas tradiciones conservadas por los sacerdotes Toltecas, se referían a Quetzalcoatl como aquél que arribó “de donde nace el sol”, es decir del mar situado al este del territorio que ellos ocupaban. El era alto, blanco, de cabellos negros y abundante barba, su rostro era jovial, sereno, de lenguaje persuasivo y de modales distinguidos. Vivió entre ellos enseñándoles cosas útiles y buenas. Sus características eran la comprensión y la bondad, el afecto hacia todos, la sabiduría. Rechazó los sacrificios cruentos, prohibió las guerras y dio ejemplo de vida modesta y casta; todo ésto durante veinte años al cabo de los cuales se volvió al mar, pero antes de despedirse profetizó que mucho tiempo después de su partida vendrían del Este, sus hermanos, hombres blancos como él, los cuales someterían todos los pueblos de estas regiones. Para una más amplia exposición sobre la figura y obra de Quetzalcoatl, véase Reville A., “Les religions du Mexique”. París, 1885.



señor como vos, no se haya dado cuenta que estos ídolos no son sino cosas malas, llamadas diablos; para que vos y vuestros papas lo vean claro hazme un favor: ten a bien que nosotros en esta torre y sobre este altar pongamos una cruz y una imagen de la Virgen (que Montezuma ya había visto) y veréis el temor que tendrán estos ídolos, los cuales os tienen engañados".<sup>7</sup>

Los "Tlamacazque" dieron señales de descontento y Montezuma mismo respondió airado: "Señor, si hubiese supuesto que habíais dicho tales palabras de desprecio, no te hubiera mostrado mis dioses los cuales tenemos por buenos, pues ellos nos dan salud, agua, buenas cosechas y victorias cuando queremos; y debemos adorarlos y hacerles sacrificios, os ruego de no pronunciar más palabras ofensivas".<sup>8</sup>

Ante el efecto contrario que sus palabras habían suscitado, el capitán extremeño, siguiendo el consejo del padre Olmedo, no insistió y en tono amistoso dijo al monarca: "Es hora de que su majestad y yo nos retiremos".<sup>9</sup>

En este nuevo encuentro, Cortés no se mueve en un plano catequístico, procede con más discreción apuntando al orgullo del rey y al efecto que sus audaces pretensiones exorcísticas pudieran causar en el círculo de los altos magistrados civiles y religiosos que se hallaban presentes. Esta doble estrategia, que por una parte tendía a colocar el argumento sobre un plan racional, y por otra, ofrecía una confirmación práctica a lo que había proclamado, no tuvo, sin embargo, el efecto esperado.

Por su parte Montezuma evita el terreno polémico a que Cortés quiere conducirlo e insinúa justificaciones, que podríamos llamar animistas, a su actitud religiosa. ¿Qué elementos contribuían a crear y mantener esta actitud de Montezuma?

En los pueblos que se hallan a un nivel religioso como este de los aztecas, lo divino está centrado en fuerzas misteriosas: el sol, la luna, la tierra, etc., cuyas manifestaciones son potentes y varias: el relámpago, el trueno, la lluvia, la sequedad y otros fenómenos naturales semejantes. Estas manifestaciones se equilibran las unas a las otras, comunicando al cosmos una estabilidad. Sin embargo, cuando los hombres no satisfacen a los dioses con los tributos que estos piden, entonces estas fuerzas que penden sobre la humanidad se desencadenan, castigando a los hombres por sus faltas hacia los dioses. Ciertamente, en el clima religioso del antiguo México se sentía la exigencia de conformarse a la voluntad de los dioses. Ahora bien, esta conformación se debía cumplir no solo en las cosas sobre las cuales el hombre actuaba: los minerales, las plantas, los animales, sino debía extenderse al individuo mismo, que debía conservar su propio equilibrio siguiendo el ciclo de la naturaleza. En consecuencia, su bienestar dependía de la armonía de sus acciones con este ciclo.

7 Díaz del Castillo, *ibid.*, vol. I, pág. 327.

8 Díaz del Castillo, *ibid.*, vol. I, pág. 238.

9 Díaz del Castillo, *ibid.*, vol. I, pág. 238.

No faltan sin embargo las opiniones de quienes quieren ver la religión azteca intensamente permeada de pesimismo; el cual se manifestaría en las expresiones artísticas: la escultura, la pintura y los pocos escritos literarios que se conservan. De estas obras emanaría una cierta ansiedad del hombre por la ineluctabilidad de un destino que va más allá del control de su voluntad.

Otros van aún más adelante por esta misma vía, llegan a convertir al hombre azteca en un ser a merced de fuerzas tenebrosas y negativas, haciendo tan semejantes a Tezcatlipoca, dios azteca de las regiones ignotas, y Lucifer, hasta el punto de identificarlos.<sup>10</sup>

Más verosímil parece la opinión de que los indígenas acosados por las cuestiones que se planteaban en torno a la existencia de sus relaciones con las fuerzas misteriosas que pendían sobre ellos, se esforzaran en seguir lo más ceñidamente posible el ritmo de los fenómenos de la naturaleza: el nacimiento, el crecimiento, la madurez, la muerte. Por tanto es más aceptable pensar que los elementos de la religión azteca hayan surgido, en gran parte, del conocimiento y del temor de las fuerzas naturales. Pero no se quiere decir que de ello derivase una actitud pasiva, o sea una resignada adhesión a los fenómenos que afectaban la existencia, sin la mínima preocupación por indagar las causas de aquellos, y observar con atención su desenvolvimiento, las relaciones de tales fenómenos entre sí y con la vida del hombre.<sup>11</sup>

Por mi parte me inclino a ver en tal actitud un pesimismo si, mas un pesimismo activo, que como dice J. Soustelle: "De frente a un universo misterioso, el hombre mejicano, reaccionó con energía indomable, entretejiendo a fuerza de sufrimientos y sangre, la vida cotidiana que los dioses le concedían"<sup>12</sup>. En conexión con esta actitud, el azteca no se limitaba a observar superficialmente el acaecer de los fenómenos de la naturaleza, antes bien se esforzaba en conocerlos más íntimamente, puesto que siguiendo exactamente su ritmo, creía encontrar las condiciones necesarias para asegurar a la comunidad, por tanto a sí mismo una feliz supervivencia.

Existía además, la tendencia a observar, estudiar y analizar los fenómenos naturales en forma sistemática como es lícito deducir de los documentos que han llegado hasta nosotros. Con base en ellos podemos aceptar la idea de que en esta actitud activa se encontrase ya, implícitamente el deseo de llegar a controlar los fenómenos de la naturaleza, idea que puede apoyarse en los complejos cálculos astronómicos efectuados por los sacerdotes y que servían de base para la elaboración del "Tonalamatl"—Calendario— en el cual se incluían previsiones meteorológicas: tiempos de lluvia, períodos de sequedad y aun eclipses.<sup>13</sup>

10 Véase Sahagún B., "Historia General de las Cosas de Nueva España". México, 1938 Lib. I, ap. 3º.

11 Cfr. particularmente, Chávez E., "Historia de México, México, 1932, y Mendoza N. "Mitos de los Nahuas". México, 1938.

12 Cfr. Soustelle J., "La pensée Cosmologique des Anciens Mexicains".

13 Para una exposición de las Teofanías entre los pueblos del Anahuac; véase Mendoza N., op. cit., pág. 32.

Preocupados por la vida terrena, daban gran importancia a las manifestaciones de los dioses a través de la naturaleza, pero descuidaban el aspecto espiritual, que desaparecía tras el potente halo de fuerza cósmica que rodeaba tales manifestaciones. Esto explica porqué sus celebraciones tuvieron siempre un referimiento concreto. Las honras y ofrendas hechas al dios en el día de su festividad, estaban en relación con las exigencias de conservar el equilibrio entre el hombre, las cosas empleadas por el hombre, y la divinidad.

A este propósito cabe señalar que una de las grandes fiestas entre los antiguos totonecas (otro pueblo con el cual los aztecas estaban en contacto) era la del retorno del hijo del sol. Durante ella, el sumo sacerdote en solemne alocución recordaba la venida del hijo del sol al mundo para renovarlo.<sup>14</sup> Esta celebración se hacía con el objeto de propiciar la divinidad para que auspiciara un renovamiento de la comunidad y de cada uno de sus miembros. Era como un fortalecimiento de las fuerzas del cuerpo, como un recambio de sus elementos para conservar la salud durante ese año.

En manera semejante se comportaban respecto al dios de las aguas y al dios de las cosechas. Entre los aztecas la divinidad de las aguas estaba representada por Tlaloc, que era muy venerado, pues era él quien enviaba las lluvias tan necesarias para el crecimiento y maduración de las plantas que cultivaban. A Toci, numen protector de los cultivos, ofrecían corazones humanos, una ofrenda igual, si no en cantidad al menos en calidad, a aquella hecha a Uitsilopochtli. En el grande teocalli (templo) de Tenocitlan, la estatua de Toci emergía del altar hasta la mitad del cuerpo y su interior estaba colmado de todas las semillas de aquellas tierras.<sup>15</sup>

Nada de extraño, pues, en las palabras de Montezuma respecto a los dioses que procuraban buenas cosechas, salud y bienestar.

Pero en su respuesta a Cortés, el soberano habló también de victorias; con esto hacía referencia a una de las características más íntimas y determinantes de la religiosidad azteca. A este propósito es oportuno hacer una breve reseña del origen del dios de la guerra que los aztecas consideraban como la máxima expresión de poder.

De las investigaciones que algunos estudiosos han realizado, se ha llegado a conclusiones que permiten, con verosimilitud, considerar a Uitsilopochtli, en origen, como el totem protector de los Tenoca (uno de los clanes de los antiguos mexica), el cual, con el tiempo, llegó a ser el Totem de toda la tribu.<sup>16</sup>

14 Cfr. Las Casas B. "Apologética Historia de Indias". Madrid, 1909, pág. 186.

15 Cfr. Díaz del Castillo, *ibid.*, vol. I, pág. 327.

16 Cfr. Vásquez R., "Los Aztecas", Buenos Aires, 1926. Este autor apoyándose en la teoría del evolucionismo religioso, ve en el proceso Totem. Vitzitopochtli, una fase del desarrollo de la religiosidad en los antiguos pobladores de las praderas de Norteamérica.



Existe también otra versión que plantea de manera más directa y adherente el origen de la divinidad guerrera. Esta versión parte de "Aztlan" (nombre con el cual el pueblo azteca designaba su lugar de origen) al tiempo en que los aztecas lo abandonaron para dirigirse hacia el suroeste como ya lo habían hecho las otras tribus mahua. En este período las diferentes tribus habían tenido varias divinidades pero ninguna de estas había alcanzado un carácter determinado, una personalidad definida. Fue entonces cuando Tenoc, jefe y sacerdote de los aztecas, habría dado a su pueblo una divinidad bien definida y superior: Vitzilopochtli, dios de la guerra; este hecho explicaría el ímpetu guerrero de los futuros conquistadores del altiplano mexicano.<sup>17</sup>

Mas en la práctica, ¿cómo se realizó todo esto? Desde aquellos tiempos —explican algunos— se habría difundido en el pueblo azteca la convicción que quien caía combatiendo en el campo de batalla, habría conseguido un gran premio; en efecto, después de la muerte en batalla, el guerrero se convertiría en una bellísima ave de espléndidos colores, nutrida con flores y frutos en un lugar privilegiado, destinado a los caídos en combate.<sup>18</sup>

Esta convicción se habría radicado profundamente en el ánimo de los aztecas, de consiguiente, les habría desarrollado sus dotes guerreras permitiéndoles alcanzar en este campo un gran arrojo y valentía y además, lograr un ventajoso nivel técnico.

Esto último nos lleva a considerar otro aspecto de la religión azteca. Montezuma, en su respuesta al capitán extremeño, a más del bienestar y de las victorias militares concedidas por los dioses, habló del culto que él y su pueblo rendían a sus ídolos, el cual se expresaba en la adoración y en los sacrificios.

¿Cómo se originaron los sacrificios entre los aztecas? ¿Cómo se llegó a los sacrificios humanos?

Entre los estudiosos no existe un acuerdo completo, sin embargo se acepta, en general, que los sacrificios humanos se hallen en relación con la divinidad suprema: Vitzilopochtli, dios de la guerra. De las crónicas españolas contemporáneas a la conquista de la Nueva España se deduce, que en los combates los aztecas no trataban tanto de matar a los adversarios cuanto de hacer el mayor número de prisioneros, los cuales eran llevados luego al templo e inmolados ante la estatua del dios de la guerra, en acción de gracias por la victoria, o para propiciarse la divinidad en víspera de una nueva batalla. En la suposición de que los sacrificios humanos deban verse en relación con el dios de la guerra, se podría preguntar ulteriormente si aquellos habían sido introducidos por las instancias y presiones de un solo individuo, el jefe y gran sacerdote Tenoc, iniciador del culto de tal divinidad, o si más bien se deba na un lento y gradual desarrollo del culto de Vitzilopochtli.

17 Cfr. Mendoza N., op. cit.

18 Cfr. Giacalone B., "Gli Aztechi", Génova, 1933.

Esta segunda hipótesis parece más lógica. En efecto, las creencias respecto a la muerte en batalla si bien desarrollaron las capacidades guerreras de los aztecas, suscitaron también el instinto sanguinario, latente en ellos; lo cual unido a la acción conjunta del elemento sacerdotal, que favorecía el desarrollo de los sacrificios cruentos, fue creando un clima favorable para que el odio por el enemigo y la excitación del combate llevasen al sacrificio de los prisioneros.

A propósito de la influencia de los sacerdotes en la evolución del culto, debemos poner de relieve la situación de preeminencia que, ya desde los tiempos más remotos, supieron conquistarse respecto al pueblo. Mediante una continua y persistente acción de afecto, ellos lograron despertar y mantener vivo el sentimiento de la vecindad, inmediatez y poder de los dioses en la vida de cada uno y de la comunidad. Correlativamente lograron consolidar el privilegio de ser los intérpretes exclusivos de la voluntad divina. Además les fue asignado el encargo de elaborar los ritmos del culto. Así, pues, de la unión de todos estos factores resulta que los sacerdotes tenían en sus manos las llaves para abrir las puertas a los sacrificios humanos.

El hecho que acaeció en Tlaxcala, septiembre 1519, muestra cómo estaba de arraigado en el pueblo y en sus jefes el respeto y la dependencia de la clase sacerdotal, que presentaba sus decisiones como voluntad de los dioses. Cuando Cortés intimó a los indígenas para que abandonasen los ídolos se negaron, y Xicotencatl senior, uno de los jefes del pueblo tlaxcalteca consultó a los "tlacalnahua" (sacerdotes) y luego refirió la respuesta de éstos: "...nuestros Teules nos han respondido que no olvidemos los sacrificios humanos y todas las otras cosas que por costumbramos les ofrecemos, de lo contrario desencadenarán la guerra, pestes...".<sup>19</sup>

Ni siquiera la respuesta de Montezuma a Cortés, para disuadirlo de sus tentativas de proselitismo, se aparta mucho de esta misma mentalidad.

Frente a esta posición azteca, condicionada en gran parte por factores psicológicos, que hizo fracasar las primeras tentativas de conversión al Cristianismo, basadas sobre la imposición militar, el capitán extremeño no se arredró, adoptó una actitud más prudente y trató de impresionar a los indígenas con otros medios.

Logró que Montezuma y sus ministros asistieran a las funciones religiosas celebradas por los españoles en una sala del palacio real, transformada en iglesia cristiana. Trató de dar el máximo de solemnidad y pompa externa a estas funciones, esperando que la suntuosidad del rito impresionaría el ánimo de los jefes aztecas y despertaría en ellos el deseo de conocer e indagar el significado de aquellas ceremonias. En efecto, el cronista anota que los españoles se reunían frecuentemente en la iglesia "para orar y esto por dos razones: primero porque a ello estábamos obligados como buenos cristianos y en segundo lugar a fin de que Montezuma

19 Cfr. Díaz del Castillo, *ibid.*, vol. I, pág. 248.

y sus capitanes viéndolos adorar en tal manera delante del altar y la cruz, se inclinaron a ello, especialmente cuando cantábamos el Ave María".<sup>20</sup>

Cuál fuese el efecto psicológico causado en el ánimo de los indígenas por estas reuniones religiosas colectivas y por este despliegue de ritos, no podemos valorarlo, pues los acontecimientos que se sucedieron inmediatamente troncaban el diálogo entre las dos partes: el temor de una inminente acción armada por parte de los aztecas contra los expedicionarios, indujo a Cortés a tomar a Montezuma como prisionero y retenerlo como rehén. Poco después, para hacer frente a los hombres enviados contra él por el gobernador de Cuba se vio obligado a abandonar a Tecnotitlan. En su ausencia, su lugarteniente Alvarado, a quien había dejado como jefe de la guarnición, realizó una masacre de sacerdotes y nobles aztecas para prevenir una presunta conjuración. Este hecho, naturalmente, precipitó la situación y canceló toda posibilidad de diálogo en el campo religioso.

Las disputas verbales eran ya inoperantes, en adelante hablarían las armas.

HERNANDO CIFUENTES

*Universidad Nacional,  
Bogotá, D. E.*

---

<sup>20</sup> Díaz del Castillo, *ibid.*, vol I, pág. 333.